

CAPÍTULO PRIMERO

1

El hombrecillo se ajustó las gafas en un gesto involuntario, casi un tic, y suspiró con pesadez antes de responder. Aunque no me miró, sentí como si sus palabras me las dirigiera a mí, con esa incierta certeza del niño (y el adulto) que se cree el centro del mundo:

—¿Que qué es la libertad? Esa palabra ya no significa nada. Hoy en día, son los mercados los que son libres, no las personas. Somos libres de elegir qué compramos, qué vemos en la tele y adónde vamos a cenar, pero poco más. En esta sociedad enferma, el trabajo de los políticos consiste en asegurarse de que las empresas sean más libres que las personas, y con eso está todo dicho. ¿Sabéis lo que es el despido libre? En eso hemos convertido la libertad, en una parodia de sí misma. Pero, en realidad, eso tampoco es decir gran cosa. La verdad es que la libertad es una ilusión, nada más, y lo ha sido desde que existen dos hombres sobre la tierra. Si hubiera solo uno, quizá ese podría llamarse libre. Pero viviría una existencia tan miserable y desgraciada que agradecería la esclavitud que le impusiera la aparición de otra persona, si es que llegara a tener esa suerte. No, la libertad desaparece cuando aparece la sociedad, porque en sociedad un hombre verdaderamente libre sería un criminal, un ladrón y un asesino.

»¿Queréis saber qué es, en realidad, la libertad? Os daré mi definición, que vale tanto como la de cualquier otro, es decir, nada: la libertad es lo que se llama una entelequia,

para que lo entendáis: una mentira. ¿Creéis que los animales tienen un concepto parecido? Claro que no: vuestros perros quizá se quejen con amargura si los encerráis o los atáis, pero lo único que echan en falta es correr de un lado para otro. Lo que quieren es ser vuestros esclavos: es, de hecho, lo que más desean en el mundo.

»Fijaos en vuestros padres, o, qué coño, fijaos en todos los adultos que conocéis. Fijaos en mí mismo, aunque yo a ese respecto hasta puedo considerarme afortunado: cada día, de lunes a viernes, levantándonos temprano y perdiendo de siete a ocho horas en algún absurdo empleo a cambio de un sueldo. No vendemos nuestro trabajo, sino nuestro tiempo; en otras palabras, nuestra libertad. Entregamos siete u ocho horas diarias a cambio de un dinero que creemos necesitar para vivir: dos esclavitudes que caminan de la mano.

»Algunos lo llaman responsabilidad, deber o necesidad. Yo lo llamo prostituir el espíritu. Si podéis evitarlo, no caigáis en la trampa del mundo adulto. Por desgracia, el mundo está perfectamente montado para que la mayoría no podáis evitarlo... Si yo pudiera, ay, si yo pudiera...

Esa fue la sorprendente respuesta que dio aquel hombre de mirada por lo habitual amable, y que entonces me pareció fiera, que era mi profesor de Filosofía en 6º de EGB, a la pregunta inocente de un niño de diez años: ¿Qué es la libertad? Ya entonces comprendí, comprendimos todos, creo, que esa respuesta no era del todo ortodoxa ni se adecuaba al plan de estudios o a las directrices académicas que a la fuerza tenía que haber recibido. De todos mis compañeros, creo que ni uno solo, aparte de mí, supo o pudo descubrir, más allá de la emocionante ruptura de la monotonía escolar que tanto nos asombró, la verdad que se ocultaba tras sus palabras. Desconozco qué acontecimiento, pensamiento o dolor íntimo forzó esa confusa revelación; sí sé que yo mismo quedé profundamente impresionado por sus palabras.

Mucho tiempo después me seguía preguntando qué quiso decir, a qué se refería, cuáles eran esas trampas de la vida de los adultos de las que quiso prevenirnos. Tan intensamente absorbió y rememoró el discurso mi memoria, una y otra vez a partir de ese día, que soy capaz hoy, muchos años después, de recordarlo casi palabra por palabra; y las variaciones que pueda haber sufrido respecto al original, y que sin duda existen, forman parte de él también, y son tan válidas como el resto: mi febril imaginación, preadolescente o preadulta, editó sin duda las palabras mil veces con posterioridad, a la fuerza. Llegaron a formar parte de mi espíritu, y por tanto le pertenecen tanto o más que a ese hombrecillo rechoncho que las pronunció por primera vez en un aula de paredes verdes.

No recuerdo su nombre. Esa determinación que parecía querer conjurar al final de su discurso no fue en último término necesaria: como adivinábamos, la heterodoxia en el método educativo de la que hizo gala entonces (y que no era, por lo que parece, poco habitual sino todo lo contrario), forzó por fin al consejo escolar a invitarle a abandonar su puesto. En contra de lo que sus palabras proclamaban, creo que le dolió tener que dejarnos. Me parecía que para él la empatía que algunas veces, pocas sin duda, alcanzaba con quizá uno o dos de nosotros, como la que se dio entre él y yo aquella tarde, justificaba todos esos otros sinsabores.

No volví a saber de él. No sé si volvió a enseñar, si cambió de profesión o si decidió convertirse en un anacoreta, irse a vivir a un bosque..., o yo qué sé. Quiero pensar que simplemente cambió de colegio, y siguió pronunciando una y otra vez el mismo discurso ante una infinita sucesión de clases repletas de niños boquiabiertos, marcando las vidas de unos pocos de ellos de una manera extraña y profunda, aunque inexplicable, al igual que marcó la mía.

2

Aún hoy me cuesta señalar con exactitud el momento en que leer se convirtió en escribir. Durante gran parte de mi infancia y juventud, las dos cosas eran una sola, porque leer era un poco escribir, y, naturalmente, lo mismo ocurría al contrario. Recuerdo como si fuera ayer, aunque hace décadas que no la saboreo, la tristeza con la que cerraba un libro y decía adiós a personajes con los que había sufrido, reído y llorado, durante páginas y páginas. ¡Con qué pesar me despedí de Huckleberry Finn, de Bastián Baltasar Bux, de John Blackthorne, y de tantos otros! Me consolaba pensar que nuevos compañeros me esperaban entre las cubiertas de otros libros, y que, después de todo, siempre podía volver a recorrer aquellas historias por segunda, tercera o cuarta vez, aunque ya supiera cómo iban a terminar. Yo sabía ya, por experiencia, que cada lectura era distinta; que, aunque las letras no cambiaran, algo en mí, al disponerme a leerlas de nuevo, había cambiado. Pero mi imaginación preadolescente, poco dada a abstracciones e inferencias estériles, certificaba físicamente el cambio introduciendo un nuevo personaje al visitar la historia ya conocida: yo mismo, o una versión de mí mismo adaptada a las necesidades específicas de la narración, me introducía en ella, como testigo e incluso en ocasiones como actor principal, sin estorbar en exceso, claro está, el desarrollo eventual de la trama. Como la imaginación de cualquier niño, supongo, la mía era sobre todo física: creaba sensaciones, realidades tangibles, hacía palpable el vacío y lo trastocaba en nave espacial, barco pirata o bólido de carreras; igual que un niño juega con los juguetes que tiene y con los que se imagina, en las inagotables posibilidades del espacio no físico del libro yo

concretaba la calidad física de ese mundo, entrando a formar parte de él. Supongo que pensaba entonces que la única manera de presenciar, de entender de veras la historia, era siendo parte de ella, de modo que yo mismo me convertía en un personaje más, y como tal interactuaba con los personajes ficticios del libro y participaba en las idas y venidas de la narración. Resultaba un trabajo agotador, pero muy gratificante. Durante mucho tiempo, creo, no se me ocurrió siquiera pensar que existiera otra manera de leer un cómic o un libro, y suponía que todo el mundo hacía lo mismo.

A medida que crecía y entrenaba con estos ejercicios mi imaginación, fui capaz de cada vez mayores sutilezas, y terminé por darme cuenta de que era mucho más divertido darle la realidad de la fantasía a abstracciones inéditas que a los juguetes físicos que me faltaban; que prefería crear mundos propios que habitar los ajenos, en suma: que prefería escribir y leer luego lo escrito, a leer lo escrito por otros. Que prefería leer al escribir y no a la inversa, invertir los porcentajes. Yo tenía claro desde siempre que dentro de un lector hay, a la fuerza, un escritor, y así lo certifiqué por fin de manera palpable.

Al consumarse la transición de la imaginación física de la infancia a la imaginación trascendente que se contiene a sí misma de la adolescencia, mi mundo de fantasía pasó, de ser nada más que un armario eterno, un cajón de sastre de complementos intangibles para los juegos físicos del niño, a ser un universo autónomo con sus propios mecanismos generativos, un mundo que se creaba y se destruía a sí mismo cada día, cada minuto, creando formas y fantasmas siempre distintos, siempre únicos.

Pero estas fantasías mías nunca afectaron de manera negativa a mis transacciones con el mundo real. El lector aficionado al psicoanálisis puede ahorrarse el esfuerzo de rastrear traumas ocultos y conflictos por resolver. Mi infancia

transcurrió de manera tan sosegada que hoy me cuesta recordarla con detalle. El tránsito a la adolescencia, para otros (me consta) traumático y atropellado, fue en mi caso muy poco memorable, casi por completo carente de conflictos vitales. Quizá haya que atribuirlo a que fui, y sigo siendo, eso que llaman un inmaduro. Puede que, al sentirme tan seguro y confiado en mis encarnaciones fantásticas, esas absorbieran los golpes que sufría mi adolescencia, manteniéndome a salvo, alejado de las angustias propias de la edad del pavo. Yo mismo, en el fondo, era inmune a esas menudencias. Es posible, incluso, que la imposibilidad de vivir «físicamente» aquellas vidas imaginarias fuera ya entonces una fuente de frustración, que la realidad, en su mediocre insistencia, me cansara. Puede ser. Tengo que atribuirlo, en ese caso, a una tonta lógica infantil que no carecía entonces de argumentos convincentes.

En mi mente yo era quien quería ser, y nada podía poner freno a mi imaginación. Es difícil comunicar ese tipo de libertad, tan absoluta, tan llena de posibilidades, y también tan distinta de esa que aprendemos en el trato con los demás, tanto que parece absurdo usar la misma palabra... No, es imposible hacerlo, la única posibilidad es que cada cual la experimente por su cuenta. Yo sé, desde niño, que esa libertad no la conocen todos, solo unos pocos afortunados como yo... No sé si era esa la libertad de la que habló mi profesor ese día, en un aula de paredes verdes, porque luego aprendí que esa palabra, más que ninguna otra, admite que cada cual le dé la definición que le apetezca, que es polisémica hasta la náusea. Hoy sé que puedo ser quien yo quiero ser, también aquí fuera. Pero la libertad subyacente a esa sabiduría parece casi una falsificación comparada con la otra.

3

Si he querido, si he necesitado escribir, creo que ha sido solo un intento de recuperar aquel espacio no físico de la imaginación de mi infancia. Bajo este punto de vista, todo lo que he escrito son sonados fracasos. Por inercia o por vocación, sigo intentándolo, una y otra vez, aun a sabiendas de que cada fracaso me aleja un poco más de esa meta. Pero creo que no tengo otra elección, que estoy condenado a seguir intentándolo por siempre.

Escribir fue desde el principio un placer privado, tanto como leer, tanto como imaginar. Nunca, hasta hace solo unos pocos años, se me hubiera ocurrido enseñar a alguien lo que escribía o pretender publicarlo a cambio de dinero. ¿Acaso le contaba a alguien las fantasías peregrinas que me asaltaban a diario por docenas? No creía, en todo caso, ser buen escritor en absoluto, pero ese cálculo nunca entró en la ecuación. Lo que escribía era mío, privado, lo único, en el fondo, que me pertenecía de veras; mostrarlo o publicarlo hubiera sido poco menos que poner a la venta mi espíritu.

Hoy soy un autor mediocre, felizmente ignorado por eso que llaman industria o sector, pero acreedor de ocasionales atenciones especiales. No soy buen narrador, no escribo grandes descripciones, y soy por completo incapaz de domar mi natural tendencia a la digresión injustificada, para tormento de mis sacrificados editores; pero se me da bien, por algún motivo, crear personajes que no son buenas personas, pero aparentan querer serlo al menos, como soy yo mismo (tampoco soy a ese respecto imaginativo, pero por pereza, creo, más que por incapacidad), y tengo comprobado que son esos, justamente, los que más tocan la fibra sensible a una clase de lector tan desganado y perezoso al leer como

lo soy yo al escribir. Por eso más de cinco y más de seis veces he tenido que tolerar con una sonrisa condescendiente a individuos que se me acercan en presentaciones y otros actos semejantes a contarme sus miserias, como si les debiera yo mi oído porque ellos me prestaron su atención al comprarse o leerse mi libro. La mayoría de ellos, para redondear la tragicomedia, eran, cómo no, aspirantes a escritores, y mi falta de popularidad siempre juega en mi contra; no les intimido, me ven como a un igual, lo que justifica en su estima que me aburran con sus proyectos, esperando consejo, falsos ánimos, etc.

Pero claro, la culpa fue mía: yo consentí que se publicaran las novelas que hoy lucen mi nombre en la portada; yo les tendí la mano, aunque no fuera consciente de estar haciéndolo. ¡Qué lejos quedan ahora las fantasías de mi infancia, esas que nunca fueron más que mías! Le he fallado a ese niño. He traicionado la única belleza que solo me pertenece a mí, por pura vanidad. Ojalá hubiera sido capaz de publicar solo libros que no sintiera como míos, ejercicios de retórica vacía que otros escritores, me consta, producen con facilidad. Yo, por mi parte, nunca he sido capaz de escribir ni una sola línea cuyo vínculo con mi espíritu no fuera traumático y doloroso.

Desde aquella primera infausta novela, los demiurgos del mercado editorial me permitieron publicar con cierta regularidad, y los exiguos derechos me valieron para sacarme un recurrente sobresueldo que invierto, principalmente, en muchos libros —demasiados, más de los que podré leer nunca en varias vidas—, tabaco y alcohol: una existencia frugal, por no decir cutre, que siempre me ha ido como anillo al dedo. Lo admito, me arrogué con gusto el estigma de genio incomprendido, aunque solo fuera para justificar la escasa repercusión que el sabio público le brindaba a mis libros. En ese desencuentro con mis coétaneos buscaba

(signo inequívoco, imagino ahora, de mi mediocridad) la verdadera trascendencia de mi obra.

Esa situación me permitía, por lo tanto, habitar una suerte de eterno estado de despreocupación, tanto económica como, por triste que suene decirlo, vital. Mi trabajo habitual, un puesto administrativo sin la menor importancia, me dejaba al menos tiempo de sobra para escribir a escondidas de mis superiores, y me permitía vislumbrar un futuro económico carente de preocupaciones e insomnios, aunque, por descontado, también de grandes dispendios, incluso de la posibilidad de ahorrar y proveer para un hipotético futuro que me interesaba muy poco.

Desde luego, esto no es del todo cierto: la existencia misma del escritor es un continuo y nunca resuelto conflicto vital, pero mucho me temo que sea el conflicto de un niño que solo quiere seguir jugando con su juguete preferido, y que los adultos le dejen en paz. Los problemas de un escritor son artificiales, ilusorios, tan ficticios como lo que escribe. Y, sin embargo, cada novela, cada línea que escribe, le enfrenta a un vacío, a un abismo ontológico fundamental: cada obra que publica le enfrenta a los misterios y enigmas insondables de su alma. No hay contradicción: el escritor combate consigo mismo, pero al hacerlo se despreocupa del resto del mundo. El escritor no se psicoanaliza, no se medica ni se descubre a sí mismo al escribir. Todo esto, sin duda, puede ocurrir, y de hecho ocurre con frecuencia, pero no se trata de la causa última sino de consecuencias secundarias y, en el fondo, triviales, periféricas en el mejor de los casos al acto fundamental que implica la creación literaria: la reescritura, la reinención de uno mismo. El escritor desafía a la divinidad no solo al crear el mundo, sino, sobre todo, al crearse a sí mismo: no puede existir una herejía mayor.

Siendo así, ¿cómo podía yo pretender escribir, y mucho menos publicar, nada que no me interrogase enérgica,

imperativamente, acerca de mí mismo? O, al menos, que intentase hacer precisamente eso, sin lograrlo... Porque yo no soy un buen escritor, nunca lo he sido y empiezo a sospechar que nunca lo seré. No porque escriba mal (que, seguramente, también), sino porque nunca he logrado, con nada de lo que he escrito por dinero, recuperar aquella sensación, aquella emoción de un niño que miente, y al mentir dice una gran verdad sobre sí mismo, que inventa algo y al inventarlo, de algún modo, le da vida. Un acto que es íntimo, un diálogo entre susurros conmigo mismo. Yo aspiraba a «profesionalizar» aquello, a convertirlo en un modo de vida y de subsistencia, y creí que publicando lo conseguiría. Ya no hay conversación susurrada con ese niño, solo banalidades vociferadas, griteríos de verdulería o de conductores atascados.

4

Ya he dicho que soy perezoso, al escribir y al vivir: los protagonistas de mis historias, sin excepción, son siempre yo mismo. Soy quien quiero ser; soy quien desearía ser; soy quien aborrecería ser; soy a quien deseo, a quien desprecio o a quien quiero: pero siempre soy yo, solo yo, eternamente yo en todos mis libros. En ocasiones me preguntan si tal o cual personaje está basado en mí mismo. Suelo responder con evasivas, o con lugares comunes. La verdad no está en mis palabras, igual que no está en mis libros, pertenece solo a ese lenguaje íntimo y esencial del que hablaba antes; el escritor no puede pretender contar la verdad al escribir, esa es una pretensión casi obscena, puesto que su verdad no le interesa a nadie. Todo lo que escribo, todo lo que escribe cualquiera, es puro artificio, es mentira en cuanto a que

traiciona una verdad pura y fundamental que todo escritor (que todo ser humano, en el fondo) lleva dentro de sí.

Quizá exagero. O quizá, solo es mi caso. Quizá otros escritores consideren que su profesión es hermosa y necesaria; ojalá pudiera convencerme de que eso es cierto. Para mí, escribir ha sido, siempre, salvo en aquellos lejanos años de mi preadolescencia, una escenificación casi burlesca de la frustración. Recuerdo el deseo, la necesidad inexpresable de escribir, y la terrible y brusca conciencia de mi incapacidad para hacerlo. En algún momento el placer íntimo y trascendente de mi infancia y adolescencia se volvió traumático. Creo que entonces, más que nunca, fui consciente de la distancia insalvable que existe entre la verdad íntima y privada del espíritu y el lenguaje público con el que pretendía encorsetarla y adulterarla.

En contraste, los pocos momentos en los que escribir se convierte en placer y propósito justificarían por sí mismos la existencia más sórdida y miserable. No existe placer más agudo, felicidad más absoluta... Por momentos como esos, escasos como han sido, doy gracias por ser escritor.

Recuerdo, con precisión que raya en lo enfermizo, la primera ocasión en que sentí algo parecido. Tenía veintidós años; mi hermana me había enviado una botella de tinto de los viñedos de algún amigo o compañero de trabajo. Me serví un par de copas mientras cocinaba. Después de cenar, un impulso primario me obligó a tomar bolígrafo y cuaderno... El momento preciso de la escritura se me oculta tras un velo de irrealidad. Apenas pude contener mi excitación al leer lo que había escrito, instantes después. Comprendí entonces que la experiencia suprema, más allá de la escritura, era la lectura. La lectura de lo que yo mismo había escrito, su exigencia sensorial, su mandato sobre mi percepción... En las palabras que mi propia mano había escrito encontré lo que no leería jamás en las de ningún otro, lo que llevaba

toda mi vida buscando sin saberlo. Hoy solo puedo definir esa suprema euforia como perfecta y absoluta felicidad; felicidad que nunca se convertiría en angustia, cuya ausencia nunca me golpearía el corazón y me aplastaría el alma. En ese momento mágico e irreal comprendí por qué estaba vivo, por qué *existía*. Sea lo que sea lo que cualquier otra persona estuviera haciendo en ese preciso instante, no podría ser más importante que las palabras escritas nerviosamente en mi cuaderno. Entonces supe que mi existencia estaba justificada ya, que nadie, en ningún lugar, por el resto de la eternidad, podría igualar o superar la perfecta necesidad, la perfecta relevancia de ese instante.

De nuevo, resulta difícil explicar algo así, solo se puede experimentar. Imagino que se parece a esa sensación, que por desgracia me ha tocado conocer dos o tres veces, que tiene uno cuando se enamora, de una mujer en mi caso; puede que tan solo de unos ojos que me miraban de cierta manera, o de una sonrisa, o de unos pómulos contemplados de cerca... Me refiero a ese enamoramiento adolescente de corta vida, que o bien estalla como una estrella que ha consumido demasiado rápido su combustible, cuando a uno lo rechazan (el desenlace más probable), o que, en muy pocos casos (yo mismo no he conocido ninguno, de hecho) se apaga lentamente en un espacio de pocas semanas, cuando alcanza su falsa culminación y comienza lo que supone la muerte de este amor del que hablo, que es su traslado a una relación de verdad, con una persona de carne y hueso. Porque este amor al que yo me refiero es el que solo se experimenta en toda su infortunada esencia cuando a uno le rompen el corazón, más aún si lo hacen con cariño... Es ese amor adolescente que solo admite el rechazo, y que, si no es rechazado, ya se las arregla él solito para rechazarse a sí mismo; esa emoción que, siendo adolescente e idiota, cree uno que significa el final del mundo entero. Crecer, supongo,

es saber que no es así, pero crecer lo incapacita a uno para sentir esa emoción tan pura y tan incondicional. Pues bien, yo creo que a mí me pasa algo parecido a eso cuando escribo, o al menos me ocurría las primeras veces, esas que son ya irrecuperables. Porque ambas sensaciones se parecen en el sentido de que cuando uno está metido hasta las trancas en ese abismo del desamor adolescente, lo primero que piensa es: «ya nada podrá hacerme daño, ya nunca podré sufrir como estoy sufriendo ahora, es imposible». Claro, es mentira, pero cuando uno es joven y cree que se enamora, lo cree de veras. Y eso es lo mismo que siento (que sentía) yo al escribir: una fortaleza inmensa, una especie de inmunidad que me protegerá de todo sufrimiento para el resto de mi vida..., aunque sea mentira.

Estoy hablando de una revelación, casi una epifanía que, de golpe, me reconcilió por primera vez en mi vida con el mundo, con mi época corrupta y mediocre, con toda la miseria y la grandeza del hombre... ¿Cómo podía renunciar a eso? Desde esa primera intuición de la trascendencia, su espectro me persigue, y yo lo persigo a él, tratando de recapturarlo: lo busco no solo al escribir, sino, sobre todo, al vivir. Una profunda rebelión intelectual se agita en mi interior cada vez que la mediocridad del mundo me recuerda que, al fin y al cabo, la escritura y la vida son ocupaciones antitéticas; que la experiencia de la trascendencia no solo es incommunicable, sino que está también, por lo general, en rotunda oposición con la experiencia empírica. Las excepciones son escasas, pero casi milagrosas en su deliciosa y caprichosa persistencia: un brillo juguetón, un rayo de sol impertinente tintineando a través del baile de las ramas de un árbol en la brisa, una lágrima que no existe a punto de deslizarse junto a una sonrisa solo esbozada, el descubrimiento casual de una pauta oculta, de una estructura musical casi matemática coloreada con incógnitas de pianos, percusiones y vientos...

La lista es corta, pero su sola enumeración produce vértigo. La mayoría de esos momentos son, me temo, irrecuperables e irrepetibles, como tantas otras cosas que nos permitieron vivir.

¿Dónde van a parar? ¿Dónde descansan al morir esas intuiciones sobrenaturales? Rescato en ocasiones, con espléndida futilidad, la esperanza inútil de que el lugar donde reposan esté todavía, de algún modo inexpresable, a mi alcance, al alcance de mi mano o de mi percepción. Algunas veces, al escribir, creo que casi puedo acariciarlas, o quizá que ellas mismas acarician, jugando, la punta de mis dedos cuando intento tocarlas.

Nunca se me ocurrió que esa experiencia fuese comunicable. ¿Por qué publicar? Compartiéndola con otros, creía, solo la adulteraría. El tiempo, por suerte o por desgracia, me ha dado la razón. Así y todo, sigo publicando. Por inercia, por vocación o por necesidad: qué más da.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

La primera vez que vi al profesor Pratt aún conservaba esa inocencia que fui perdiendo con el paso de los años. Todavía escribía solo por gusto, o solo por necesidad, pero en todo caso nunca por vanidad. Se me ocurre que fue aproximadamente entonces cuando dejé de hacerlo, y aunque cometa una injusticia con él, no cabe duda de que fue su irrupción en mi vida lo que inició la reacción en cadena que me despojaría de cualquier asomo de autenticidad. Esa primera vez lo encontré en la clase inaugural de su curso, en mi primer año en la universidad. Como el resto de mis compañeros, llevaba unos buenos veinte minutos sentado en clase, esperando a que llegara. Aquellos días del comienzo del curso cada día nos traía novedades, pero ninguna como la que nos esperaba esa mañana de octubre, en aquella aula de mesas largas de madera llenas de arañazos y garabatos. El profesor llegó, como digo, unos veinte minutos tarde, cuando ya estábamos pensando en ir a la cafetería para seguir construyendo la primera e incierta camaradería del primer año. Entonces entró en clase, casi corriendo, y cerró de un portazo.

—No sufran más, señores, ya estoy aquí —anunció, con su casi imperceptible acento británico, mientras se deshacía del abrigo y lo dejaba encima de la silla.

Lo primero en lo que reparamos fue en su atuendo. De cintura para abajo, unas ceñidas mallas de ciclista delataban, supongo, el motivo de la tardanza. Mi primer impulso, como

el de todos mis compañeros, fue burlarme de él en silencio, pero muy pronto, apenas unos meses después, a todos se nos quitarían las ganas de reírnos de él o de su vestimenta. Para la mayor parte de los alumnos, sus asignaturas se convirtieron en la peor de las torturas. Recién salido del instituto, casi un niño aún, de primeras yo apuntaba claramente a ese grupo. Y sin embargo el paso de los meses nos descubrió matices en él que desbordaban con creces aquel perfil de profesor estricto y hasta cruel en el trato con los alumnos. Su asignatura resultó ser la más interesante de lejos de aquel primer curso, y muchas de las mañanas que pasamos en su clase terminaron por ser las más memorables, no solo del primer año, sino de toda la carrera.

A pesar de todo, la primera vez que fui a su despacho me temblaban las piernas; como estudiante de primer curso, su afición por desanimar casi brutalmente a sus estudiantes menos capaces se me hacía poco menos que inmoral, sin duda porque adivinaba que yo mismo sería un blanco fácil de su desprecio. Resultaba lógico, por otra parte, que, con la misma facilidad con que nos ridiculizaba verbalmente a algunos, se ganase la silenciosa reverencia, incluso la admiración, de una minoría entre la que me incluí casi desde el principio. Sin embargo, quizás a causa de esa reputación que él mismo, al parecer, cultivaba y alimentaba con gusto, el hecho de que el peor calificativo que adornara mi primer examen fuera «mediocre» me decepcionó bastante. Aun así, claro, abandoné su despacho sin rechistar, tras darle las gracias en voz baja, con mi suspenso bajo el brazo. Aprobé en la segunda convocatoria sin mayores dificultades, y así terminó nuestra primera transacción académica. Nuestros caminos volvieron a cruzarse en tercer curso, pero para entonces las condiciones de nuestra coexistencia habían cambiado: yo ya no era un estudiante de primero, inseguro, aún tanteando las posibilidades de una carrera a la que en

modo alguno me había conducido un impulso vocacional; él mismo, a pesar de mantener intacta su aura de impenetrable arrogancia (que por supuesto, nosotros mismos, ya estudiantes de tercero, nos encargábamos de divulgar entre nuestros compañeros de cursos inferiores, tal como habían hecho con nosotros), no infundía en mí el mismo respeto.

Algunos de mis trabajos escritos llamaron entonces su atención, pero esta vez, más allá de la crítica feroz que merecieron, pude adivinar un sincero interés en sus esfuerzos por humillarme. Me sentía honrado por partida doble: había atraído su atención, y por aquel entonces ya intuía que, a pesar de que el profesor Pratt se divertía ridiculizando a algunos de sus alumnos por puro recreo, en según qué circunstancias merecer su implacable juicio suponía un altísimo logro y un extraño honor; yo creía encontrarme en esas circunstancias, y pensaba que el profesor me había elevado de la informe y anónima masa de alumnos mediocres a los que humillar a un estadio de reconocimiento superior, aunque todavía intermedio. Mis esperanzas fueron confirmadas cuando, más o menos a mitad del trimestre siguiente, empezó a dirigirse a mí por mi apellido. El tono seguía siendo decididamente hostil, pero esta mínima deferencia ya bastaba para inspirar en mi pecho un sentimiento próximo al orgullo.

No fue hasta el primer año de mis estudios de posgrado (que abandonaré al año siguiente, inspirado en gran medida, me temo, por sus enseñanzas) que por fin intercambiamos unas cuantas frases no motivadas, no del todo al menos, por la naturaleza de nuestra relación académica. Un par de comentarios hechos casi de paso (parecía que el profesor Pratt solo se empleaba a fondo cuando se trataba de dispensar crítica destructiva) terminaron, no sé muy bien cómo, por llevarnos a un terreno semipersonal en el que ninguno de los dos nos encontrábamos demasiado cómodos. No recuerdo

los detalles; sí que pareció enfadarlo bastante (lo que me confundió y extrañó) el hecho de que hubiera tenido que recurrir a dar clases privadas para costearme los estudios. «Me decepciona, Sr. Leroux», me confesó enigmáticamente. «Hombre, a usted no le ha ido tan mal», dije a modo tanto de disculpa y autojustificación como de halago. ¿Despreciaba acaso él, a mis ojos un profesor sobresaliente, el oficio que había elegido? No, en absoluto. Pero supo enseguida, mucho antes que yo mismo, que mi vocación educadora era producto de un planteamiento erróneo, de una confusión vital que él había adivinado ya, sin duda, en algunos de mis escritos. «La enseñanza no es lo suyo, hombre», dictaminó. Me sentí entonces, lo admito, un poco insultado. Pero muy a mi pesar, sabía que tenía razón.

Por esa época escribía ya con cierta regularidad, y había terminado pocos meses antes lo que aún se me hacía raro denominar «mi primera novela». Abrigaba incluso las primeras y tímidas esperanzas de sacar algún dinero publicando (los primeros pasos de mi traición), o, por lo menos, de saciar la infame vanidad del escritor obligando con argumentos pasivo-agresivos a amigos y familiares a comprar mis libros, porque, ¿qué otra cosa es publicar, al principio? Claro está que la última persona a la que hubiera siquiera considerado pedir consejo y valoración era el profesor Pratt, pero, al mismo tiempo, ya entonces adivinaba que su opinión y su juicio serían, precisamente por eso, los más valiosos. Durante meses consideré un absurdo plan. Le asaltaría y diría algo así como: «Pues veré, quería pedirle un favor...». Por un lado, la posibilidad de que le gustasen era demasiado tentadora; por contraste, una condena implacable de algo a lo que me unía un vínculo tan íntimo y delicado hubiera resultado poco menos que devastadora. Otros dos meses tuvieron que pasar hasta que conseguí vencer mis dudas y temores y le entregué, por fin, un relato corto de unas veinte

páginas que no era, a mi juicio, tan impresentable como las novelas a medio terminar que guardaba en cuadernos amontonados en mi escritorio. Lo recibió con una mueca entre la incredulidad y un buen humor casi burlón (estaba, seguro, sorprendido de que al fin me hubiera decidido a someterme a su juicio; sabía que deseaba hacerlo desde hacía tiempo y no me creía capaz), y me pidió al menos un par de semanas para leerlo con tranquilidad. Pasaron cuatro hasta que por fin me citó en su despacho después de clase; no pude decidir si esa tardanza era buena o mala señal.

Me hizo sentar frente a él, y durante unos diez minutos se limitó a hojear en silencio y con gesto indescifrable el manuscrito. Pude adivinar, al margen de algunas hojas, notas escritas a bolígrafo. Por fin, dejó los folios sobre la mesa y pasó a enumerarme, con la precisión y exactitud que le eran propias, cada uno de sus defectos, tanto gramaticales como léxicos, narrativos y estilísticos; dejé de contarlos cuando pasaron de la decena. Sentado frente a ese hierático rostro, enfrentado al dictamen implacable de mi incompetencia (que debí, por otro lado, haber anticipado desde un principio), me sentí enrojecer de vergüenza. No dije, igual que en aquel primer encuentro, ni una palabra. Tan solo callé y le miré, resignado y avergonzado a partes iguales, tratando de mantener, imagino que sin demasiado éxito, una fachada de indiferencia y orgullo.

Cuando terminó la perorata, me miró y añadió:

—Este «relato» suyo —las comillas son mías, claro, pero él mismo las pronunció para darle un énfasis casi hiriente a la palabra, que parecía no convencerlo demasiado— es lo más pretencioso que he leído en mi vida. No hay nada peor que no tener nada que decir y dar tantas vueltas para decirlo igualmente. Utiliza usted palabras que no creo que sepa qué significan. El estilo es atroz, aunque no le falta un cierto ritmo que supongo que es del todo casual y que es,

sin embargo, un hallazgo después de todo. Si no tiene nada que decir, al menos dígalo claramente y sin florituras.

Bajó la vista entonces hacia los folios que sostenía en la mano, como si le pareciera que merecían una última y rápida lectura, a pesar de todo lo que acababa de decir. Y volvió a hablar un par de minutos después, durante los cuales no me atreví ni a marcharme injuriado ni a protestar con el poco orgullo que me quedaba; solo le miré, acobardado. Dejó a un lado esta vez la modulación de voz académica y condescendiente con la que había diseccionado mi incapacidad, y por primera vez adiviné entonces en su voz una calidez que se asomaba tímidamente tras ese rostro duro como la roca:

—Esto, señor Leroux —dijo, señalando el manuscrito que tenía en la mano—, no vale nada. No me queda más remedio que decirle que me ha defraudado usted. O, más bien, debería decir que me ha tomado usted por imbécil. Me pregunto qué clase de impresión se ha debido de llevar de mis clases si cree que *esto* me interesa en lo más mínimo.

Hizo una pausa, invitándome, supongo, a replicar. No dije nada.

—Usted es un escritor, señor Leroux. Un escritor de verdad. ¿Por qué me ha pedido que lea esto? No le hace justicia a su profesión pidiéndome que lea este relato absurdo. Esto no vale nada, y sin embargo cualquier imbécil se daría cuenta al leerlo de que usted es un escritor. No puede permitirse escribir esto, y mucho menos divulgarlo con orgullo. Yo he leído lo que ha escrito para mis clases. Yo sé que usted es un escritor. ¿Lo sabe usted?

—Pues la verdad... —comencé, incrédulo.

—Usted es un artista. Un verdadero artista, aunque esa palabra signifique muy poco hoy en día. No puede descuidar su responsabilidad, señor Leroux, no se lo permitiré. Ahora llévese esto, y publíquelo en cualquier sitio, a ver si se saca

un dinero. El próximo lunes espero que me traiga literatura de verdad. Buenas tardes.

Y sin más me dio la espalda y se puso a revisar exámenes. Permanecí allí, sentado, incrédulo, sin saber qué decir, sin saber si ponerme en pie o quedarme sentado, durante al menos un par de minutos. Por fin me levanté, trastabillé y me marché sin decir ni mu.

2

El lunes siguiente, como me había pedido, me presenté en su despacho con un manuscrito caótico, revisado solo a medias. Encontré al profesor tal como lo había dejado cuatro días antes, revisando exámenes, sentado frente a su escritorio. Me lanzó una mirada de soslayo por encima de las gafas cuando se percató de mi presencia, y hundió el rostro de inmediato en la montaña de papeles que tenía delante. Solo pasados unos segundos hizo un vago ademán con la mano, sin mirarme:

—Déjelo ahí mismo, sobre la mesa. Si me disculpa, tengo mucho trabajo.

Hice lo que me pidió y me quedé allí de pie, esperando una invitación para sentarme o para marcharme. Ni una ni otra llegaron. Por fin, al darse cuenta de que seguía de pie en la puerta de su despacho como un pasmarote, repitió:

—Tengo mucho trabajo. Ya le avisaré cuando lo haya leído. Ande, ande, vaya.

Durante varias semanas no hizo referencia alguna, ni en clase ni fuera de ella, al texto que le había entregado. Me pregunté si lo estaría leyendo siquiera, o si la presentación del manuscrito, escrito con letra pequeña y muy poco presentable, cubierto de tachones, de flechas que iban del

párrafo A al párrafo B o del párrafo 1 al párrafo 3, o que cambiaban de orden con frecuencia fragmentos de varias páginas, había terminado por agotar su paciencia. ¿Qué me hubiera costado, en realidad, pasarlo a limpio? Me había convencido a mí mismo de que el profesor sabría agradecer que depositara en sus manos no solo el producto terminado, sino mi caótico proceso creativo en su totalidad. Era de justicia, supongo, que solo entonces me arrepintiese. Me resigné a esperar; desde luego, no tenía la menor intención de presentarme de nuevo en su despacho.

Unas tres semanas después me habló justo al terminar su clase, cuando me disponía a salir:

—Señor Leroux, ya he leído eso que me dio. Perdone que haya tardado tanto, pero quería ser justo.

—No pasa nada. Supongo que estará muy ocupado —respondí con voz nerviosa, todavía sin atreverme a preguntarle qué le había parecido.

—Es... interesante —tardó unos segundos en encontrar el adjetivo—. ¿Tiene algo más de ese estilo?

—Verá... De hecho, sí, tengo un par de... novelas —ahora el que tardó en dar con el sustantivo fui yo—, pero están sin terminar, en realidad ni siquiera sé si voy a seguir escribiendo, por no hablar de terminarlas...

—Me gustaría leerlas, si no le parece mal.

—Bueno... No, es decir, no, claro, pero debo advertirle, son muy fragmentadas y algo difíciles de leer...

—Tráigamelas el próximo lunes. A menos, claro está, que no quiera que las lea.

Me miró entonces a los ojos por primera vez.

—No, para nada. El lunes las tendrá en su mesa.

Asintió, con una sonrisa educada, y se marchó. Decidí que «interesante» era, después de todo, francamente generoso para sus estándares, y yo mismo me di por satisfecho.

El lunes siguiente, tal como habíamos acordado, dejé sobre su mesa varios manuscritos que ni siquiera miró, imagino, hasta que me hube marchado. Se repitieron las semanas de espera, que acepté esta vez con más resignación. Me lo tomé, en suma, como una especie de preparación para el trato que imaginaba que recibiría por parte de las editoriales, si es que me decidía a probar suerte algún día: vocación didáctica que el profesor, imagino, habría condeñado sin piedad.

3

Solo siete semanas después, con el curso a punto de terminar, me citó el profesor de nuevo en su despacho. No esperaba que elaborase en exceso críticas previas; había llegado a aceptar la situación, y me tomaba aquellos encuentros en su despacho con más filosofía. Me devolvería mis papeles desordenados y diría: «Aquí tiene sus panfletos, señor Leroux. Son muy notablemente irrelevantes. Es usted un verdadero escritor, pero escribir no es lo suyo», o alguna otra sentencia de las suyas, críptica y casi hiriente, pero que daría sin duda en el clavo y definiría con perfecta economía de palabras mi minúscula tragedia.

Me sorprendió encontrarlo de buen humor. Se me ocurrió que aquello podía deberse a que se acercaba el fin de curso, y con él las vacaciones, pero esa hipótesis amenazaba con humanizar en exceso al juez riguroso y arrogante de la mitología académica. A decir verdad, me parecía un tanto incongruente que viniera yo a pedirle una crítica sincera y al mismo tiempo lo más benévola posible de mis novelas cuando acababa de adornar con un mediocre aprobado su curso de doctorado. No importaba demasiado; después de

todo, claro, «la enseñanza no era lo mío», y en enseñanza habríamos de incluir, como había creído inferir a partir de sus clases, también la hermenéutica. Ahora comprendía que el profesor tenía razón en una cosa: yo no sería nunca un educador, un intérprete o un crítico. Para mí estaba, o debía estar reservado, si es que sabía estar a la altura, el escalón inmediatamente superior: el de creador de mundos y significados que puedan ser enseñados, interpretados o criticados. Para llegar a él, no obstante, antes debía encarar el reflejo impávido de mi incompetencia, que se manifestaría en el veredicto implacable del profesor.

Me sonrió al entrar.

—Siéntese, por favor. Gracias por ser tan paciente. Ya le he privado de ellos durante bastante tiempo —dijo, señalando el montón de papeles desordenados sobre su mesa y ofreciéndomelos.

Los acepté sin decir palabra.

—No me he molestado en corregirlos —prosiguió con esa modulación académica de la voz que tan bien conocía ya—, como hice con los primeros que me entregó. Ya es usted mayorcito, o al menos *ellos* —se refería al montón de folios que yo sostenía ahora sobre los muslos— lo son... Sabrán aconsejarle mejor que yo, sin duda, sobre adónde quieren que les lleve usted. Estará de acuerdo, siendo escritor, en que la literatura de verdad le obliga a uno a escribirla según sus propios antojos, y no al contrario...

Asentí en silencio. Prosiguió:

—Pero claro, yo no podría saberlo. Yo, sabe usted, soy un escritor frustrado.

Acompañó la última frase de una sonrisa casi encantadora, y continuó:

—Por eso soy profesor. Veo que no le ha ido demasiado bien en mi curso.

—Tenía usted razón. La enseñanza no es lo mío.

—No. La investigación tampoco, me temo. Carece usted por completo de lo que podríamos llamar una intuición sistemática, o rigor académico. Pero no deje que eso le desanime. Esos son los privilegios de los que, como yo, no hemos sido bendecidos con el espíritu creativo.

Me miró entonces, fijamente.

—Escriba usted, señor Leroux. Escriba, diablos. Ya se encargarán otros de interpretar, de desmenuzar y de trivializar con teorías y categorizaciones absurdas su obra. Para eso estamos los profesores y los académicos. Está usted en territorio enemigo, muchacho. Salga corriendo antes de que lo tienten con pragmatismos obscenos. Usted debe pastar en otros valles —guardó silencio un par de segundos—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Creo que sí. Pero también creo que me sobreestima usted, profesor. No soy tan buen escritor como usted quiere hacer ver, ni siquiera soy tan bueno como me gustaría creer a mí mismo a veces...

—Que yo le sobreestime, que apenas le conozco, sería entendible y hasta respetable. Que usted mismo no sepa valorarse como es debido... Eso es un auténtico pecado. Yo soy mucho más sabio y mucho más sensato que usted, señor Leroux. Hágame caso: es usted un artista, le guste o no, ya puede ir asumiéndolo. Nada de lo que he leído hasta ahora es el trabajo de un verdadero artista, y sin embargo usted lo es, más allá de toda duda. Detrás de cada frase imperfecta, de cada diálogo imposible, de cada descripción o digresión fallida, se adivina la sensibilidad, la intuición sobrenatural de un verdadero artista; es posible que le cueste tiempo y esfuerzo dar con él. Pero debe usted sacarlo a la luz: es su responsabilidad.

—No estoy seguro —respondí— de que eso sea compatible con mis estudios...

—Claro que lo es. No detenga usted con redes el vuelo de su espíritu, muchacho. Simplemente, ponga su corazón y su alma en lo que escribe, y su empeño y su tiempo en todo lo demás; hasta un niño de parvulario podría hacerlo. O abandone los estudios, si cree que debe hacerlo, usted verá. Haga lo que crea que debe hacer, pero, por favor, no se limite a sí mismo con argumentos tan pobres. Estudie usted, o déjelo. Envíe sus panfletos a editoriales; aún quedando tan lejos de lo que podrían ser, valen más que la mayoría de las infamias que se publican hoy en día. Haga usted lo que crea que debe hacer, eso no es cosa mía. Pero, se lo ruego, no sea nunca mediocre. Todo menos eso.

—Yo... le agradezco su tiempo, profesor. Pensaré en lo que me ha dicho.

Se incorporó y me estrechó la mano, amigable.

—Vuelva usted por aquí alguna vez si quiere, se matricule o no el curso que viene. Espero que no me defraude, señor Leroux, pero eso es lo de menos. Sobre todo, espero que no se defraude a sí mismo.

4

Pasado el verano, me decidí a cumplir mi tenue amenaza, y no me matriculé en el siguiente curso. A esas alturas no me interesaba nada que no fuera escribir. Todavía no había publicado nada, pero decidí tomarme el hábito como si fuera un autor asentado. Es decir, se me ocurrió que, para llegar a ser un escritor profesional algún día, más me valdría empezar a actuar como si lo fuera, en suma: escribiendo cada día, con o sin musas. Mejoré como escritor, como estratega, por decirlo así; mi capacidad para forzar e invocar al menos los instantes de inspiración embriagadora (en base

a los cuales, exclusivamente, construía antes cada palabra de la que podía llamarme autor) aumentó. Curiosamente (no; en realidad supongo que resulta bastante lógico), la calidad de mi trabajo descendió de manera patente. Escribía, no obstante, cada día, aunque me encontrara en el peor de los humores posible para hacerlo. Me empeñé, por decirlo así, en universalizar el situacionismo caprichoso de la inspiración. No me permitía caer en el desánimo si, como ocurría muchas veces, tenía que tirar a la basura centenares de páginas: con la dedicación generosa del artista y el pragmatismo del labriego me esforcé y empeciné en producir párrafos y párrafos, páginas y páginas de literatura, y, únicamente meses después de la fecha de redacción, seleccionar de entre la montaña de basura los muy pocos fragmentos que merecían la pena. Me quitaba entonces el uniforme de autor voluntarioso y me calzaba el de lector escrupuloso (que me sentaba mucho peor, esa es la verdad). Fueron meses, en suma, prolíficos hasta la náusea. Y sin embargo, cada vez estaba más convencido de que no había elegido el camino correcto. ¿Domar a las musas, encorsetar la inspiración? Seguro que hay miles de escritores que pueden hacerlo: yo, desde luego, no. Apenas un par de relatos cortos y fragmentos aislados aquí y allá de todo lo que escribí en aquella época me saciaron como lector de la manera en que escritos anteriores, más torpes y erráticos acaso, lo habían hecho en el pasado. Con todo, reuní material suficiente para varias novelas en un espacio de unos tres o cuatro años, mes arriba o mes abajo. Me preguntaba, a menudo, qué opinaría el profesor Pratt de ellas... Sin duda, no merecerían mayores halagos que sus predecesoras. Por esa época me repetía a mí mismo sin cesar una de sus frases, la que en mayor grado logró satisfacer mi vanidad de escritor: «Nada de lo que he leído hasta ahora es el trabajo de un verdadero artista, y sin embargo usted

lo es, más allá de toda duda». Con toda seguridad aquellas novelas, aquellos relatos y aquella prosa deslavazada solo le reafirmarían, en el mejor de los casos, en esa impresión. Hice, no obstante, un esfuerzo deliberado, tal como él mismo me había pedido, por despreocuparme de su hipotética bendición y buscar solo la mía. Pero tampoco la conseguí: el viejo profesor me había enseñado demasiado bien.

Pocos meses después de licenciarme me estrené en el mercado laboral, con mucha más pena que gloria, en el primero de lo que sería una larga serie de empleos mal pagados y peor sobrellevados. No era tan ingenuo como para esperar dar con un puesto que me llenara el espíritu y a la vez los bolsillos, ni siquiera uno que se aproximase ni de lejos a algo parecido a mi vocación, fuera la que fuera, pero admito que las primeras semanas de trabajo se me hicieron muy cuesta arriba. Era un puesto de auxiliar administrativo en una empresa de comercio exterior, y me encargaron labores absurdas e innecesarias que a nadie le habrían quitado el sueño si las hiciera otro, o directamente, si no se hicieran. No quería, ya digo, pecar de ingenuo: nunca he sido de esos idiotas que, no solo valen lo que vale su trabajo, sino que encima se vanaglorian de ello. Si aspiraba a independizarme y volar del hogar materno, cualquier puesto que lo pagase me valía, y yo tenía de sobra con la literatura para buscar mi valía o, más bien, mi falta de ella. Aún así, lo reconozco: recién salido de eso que muchos charlatanes llaman zona de confort (en mi caso, el cómodo entorno de la universidad), enfrentarme a los madrugones y las tediosas jornadas de trabajo, por no hablar de la quizá más temible necesidad de socializar con compañeros con los que no tenía nada en común más que la mala suerte de haber ido a parar allí, fue un duro trance. Terminé por convencerme, resignado, de que la única libertad que estaba verdaderamente a mi alcance, y con reservas, era la independencia económica,

así que me esforcé, por decir algo, en conquistarla cuanto antes. Al igual que con el primero, con los siguientes trabajos que encontré me pasaba igual: me motivaba tan poco el asunto, se me notaba tanto en la cara que preferiría estar en cualquier otro lugar, y me costaba tanto mantener los empleos que encontraba o merecer otros nuevos que, como siempre terminaba por suceder, o me despedían o yo mismo me aburría y me marchaba. Cuando por fin comprendí que las aptitudes mejor valoradas en el mercado laboral eran justamente aquellas de las que yo carecía, empecé a plantearme enviar mis novelas a editoriales, aunque tenía muy claro que los exiguos pellizcos que me llevara a cambio iban a ser un complemento sin duda rácano a mis tampoco precisamente generosas mensualidades. Supongo que me hacía falta ilusionarme por algo, y yo en mi vida había conseguido ilusionarme por nada que tuviera que ver con el trabajo, ni siquiera con los estudios.

Pasaron muchos meses hasta que una pequeña editorial se interesó por, como no podía ser de otra manera, sin duda la peor de mis novelas, la que en mayor grado había sido solo una pérdida de tiempo y una tomadura de pelo hacia mí mismo y hacia la literatura en general. Tras un par de meses de negociaciones por correo electrónico y llamadas telefónicas, llegamos a un acuerdo que acepté con una sola condición (aunque ni mucho menos estaba en condiciones de imponerla): que escribiera un pequeño prólogo el profesor Pratt. Mi editor no se opuso, supongo que porque esperaba que el recurso a la autoridad académica lograra que se le pegase algo de prestigio al libro, o más probablemente porque le prometí que el viejo profesor no cobraría un céntimo, aunque aún ni siquiera había hablado con él. Poco importaba: la pura verdad es que a esas alturas casi me hacía más ilusión que me prologara él al hecho mismo de publicar por

primera vez, así que hasta me planteé pagarle de mi bolsillo, si es que se empeñaba en cobrar... Pronto lo averiguaría.

5

Habían pasado cuatro años desde la última vez que estuve en su despacho. No tenía su teléfono privado, así que llamé primero a la secretaria de la universidad. Allí me hicieron saber que el profesor Pratt se había tomado un año sabático, que no esperaban tener noticias tuyas en varios meses como poco, y que eso podía o no significar que estuviese localizable. Pero yo no podía esperar. No fue fácil, pero conseguí que un becario un poco despistado al que abordé a las afueras de su despacho me diera el número de su casa. No pude evitar, otra vez, que me temblaran las manos mientras marcaba el número, aunque me parecía que al no ser ya profesor y alumno podríamos crear un vínculo algo más cordial y natural, pero el cuerpo tiene su propia memoria y ya nunca dejaría de asociar su nombre, imagino, con un cierto temblor de extremidades. El recuerdo de nuestro último encuentro, por suerte, parecía inclinar la balanza un poco del otro lado. Sí, iba a pedirle un favor, pero estaba convencido, no sé si con razones, de que aceptaría, y hasta quise imaginármelo entusiasmado. La cosa resultaba todavía más curiosa porque estaba seguro de que la novela que le iba a pedir que me prologase no le había gustado nada, pero este detalle solo hacía que mi plan resultara aún más brillante: su prólogo, sería cualquier cosa menos halagador, salvo quizá de una manera velada.

Una mujer respondió al teléfono. ¿Su hija, quizá?

—Hola... Quería hablar con el profesor Pratt.

—Cuánto lo siento, ahora mismo no está en casa. ¿Quieres que le dé algún recado?

—Pues verás, es que necesitaba hablar con él...

—¿Eres uno de sus alumnos?

—No, bueno, sí, lo fui hace años... No llamo por eso, la verdad...

—Estará de vuelta sobre las nueve. Puedes llamar entonces, o, si prefieres acercarte en persona...

Parecía, en efecto, dispuesta a darme la dirección. No pude resistirme. Me pasaría sobre las nueve, si no era molestia.

—¡Para nada!

—¿Seguro?

—Claro que sí, no te preocupes. ¿Te quedarás a cenar?

—No, no, solo estaré un rato...

—Bueno, como quieras. ¡Hasta luego, entonces!

El profesor Pratt vivía en un tercero de una de esas antiguas casas de pisos de los Austrias, con una preciosa fachada de pintura granate, en la calle Alfonso VI. Me recibió una mujer de unos cuarenta y pocos años, de larga cabellera negra y lisa, atractiva y de mirada viva a la que reconocí como la dueña de la voz con la que había hablado hacía unas horas. No podía ser su hija. Debía de ser su esposa.

—Ah, pasa... He hablado contigo por teléfono, ¿no?

—Sí... Me llamo Andrea.

—Encantada, Andrea. Soy Nora. Pasa, por favor.

Con una encantadora sonrisa, me ayudó a quitarme la chaqueta y me hizo sentar en un sofá en el pequeño y sobrio salón flanqueado, como era de esperar, por estanterías repletas de libros. Admito que no sabía bien qué esperaba encontrarme, pero creo que no era, en todo caso, lo que tenía ante mí. Nora, para empezar. Me pregunté si alguno de mis compañeros de clase hubiera imaginado siquiera que el profesor Pratt pudiera estar casado (o lo que fuera) con

alguien así. Para muchos de ellos, claro, la sola idea de que otro ser humano tuviera la desgracia de compartir su vida familiar, mucho menos la conyugal, ni se les pasaba por la cabeza. Me sentí, en ese instante, privilegiado de poder tomar parte, por pequeña que fuera, en esa parcela de su intimidad. También me sentía, en el fondo, un poco fuera de lugar, extraño: aunque no fuera ya su alumno, ni el alumno de nadie, el profesor Pratt sería para mí siempre el profesor intimidatorio de mis primeros años de universidad, por mucho que llegara a conocerle, por más matices humanos que descubriera bajo su fachada de juez implacable. Sin duda, los términos de nuestra relación habían sido establecidos en el umbral de la puerta de su despacho hace años, y no podrían ya cambiarse.

—¿Quieres beber algo: vino, una cerveza...?

—No, no, gracias.

—Es un nombre curioso, Andrea. ¿Son tus padres italianos?

—En realidad no... Mi padre es de aquí, y mi madre de Ponferrada, pero le encanta la música italiana... Al final siempre pagamos los hijos, claro.

—Me gusta, es muy bonito. ¿De verdad no quieres nada?

—En serio, gracias.

—Por cierto, como habrás notado —dijo mientras se sentaba por fin frente a mí, en un sillón—, Stephen no está aquí, pero tiene que estar al caer.

—De verdad, espero no molestar...

—No digas tonterías. Stephen no suele recibir muchas visitas de alumnos, ni de exalumnos, ¿sabes?

Desde el recibidor nos llegó en ese momento el sonido de una puerta cerrándose con suavidad.

—Mira, ya está aquí. ¡Cariño! ¡Tenemos visita!

No sabía qué clase de reacción esperar, pero para mi alivio el profesor Pratt registró mi presencia en su salón

con una mezcla de sorpresa y de lo que parecía genuina cordialidad.

—¡Hombre! Esta sí que es buena. Nada menos que el ilustre novelista, el señor Leroux, en mi humilde salón. ¿A qué debo este honor?

Antes de que se me ocurriera una respuesta ingeniosa y al mismo tiempo educada, la señora Pratt acudió en mi rescate:

—¡Pero bueno! ¡Así que este es el chico que escribe tan bien! Andrea, ahora sí que estoy contenta de que hayas venido. Y pienso obligarte a que te quedes a cenar. Insisto.

—No, de verdad... —comencé.

—Quédese, muchacho —me aconsejó el profesor—. Puede ponerse muy pesada, se lo digo por experiencia.

—¡Bah, cállate, Stephen! Andrea, definitivamente te quedas a cenar, no pienso aceptar un no por respuesta.

—Bueno, tengo tan pocos lectores que casi me siento obligado...

—¡Así me gusta! Bueno, ¿a qué esperas? —añadió mirando al profesor—. A poner la mesa.

Durante la cena, Nora me confesó que le había encantado una de mis novelas, aquella en la que la chica se va a vivir a París...

—Ah, sí. La tercera. Supongo que debería ponerles título, aunque solo sea para saber cómo referirme a ellas... y terminarlas, claro.

—Espero que no le haya importado, señor Leroux —comenzó en tono de disculpa (de sincera disculpa) el profesor— que dejara a mi mujer leer sus novelas. La verdad... No es que le dejara leerlas, digamos que me las dejé olvidadas una mañana sobre la mesa...

—No, para nada. Lo cierto es que me siento halagado. Es mi primer fan —admití con fingido orgullo.

—¿No me cuenta a mí entre sus «fans»? —preguntó el profesor, con un curioso énfasis en el anglicismo—. No, no conteste, déjelo... Bueno, dígame, ¿sigue escribiendo? ¿Tiene algo nuevo que cree que yo leería con gusto?

—Lo dudo, la verdad... En cierto sentido, de eso quería hablarle, profesor.

Le expliqué entonces mi plan para esa primera novela. Si esperaba que se tomara bien la ocurrencia, me quedé corto: se echó a reír, a carcajada limpia, en cuanto terminé de hablar.

—¡Cómo negarse! —dijo en cuanto recuperó el aliento—. Se ha ganado usted mi respeto, más como editor que como escritor, pero todo se andará. Será para mí un honor prologar su primer *best seller*, señor Leroux.

—No entiendo qué es lo que tiene tanta gracia —confesó Nora —, pero a juzgar por esta reacción yo diría que el asunto merece un brindis.

El profesor, obediente, abrió una botella de champán y sirvió tres copas. Luego, de un buen humor inédito para mí, dijo:

—¡Por el señor Leroux, y por una próspera y larga carrera literaria!

Tras la cena, sentados ya en el sofá del salón con una copa de vino, me preguntó cuál de mis novelas iba a ser la afortunada.

—La segunda, contesté. Ya sabe, la del joven escritor que descubre...

—«...su vocación literaria en la confluencia traumática de la debacle de sus relaciones personales y la confrontación lúcida de su incompetencia como escritor» —continuó el profesor.

—Justo. Veo que se acuerda. Por cierto, necesita un título para la semana próxima...

—No es mi intención —comenzó el profesor— trivializar su magna obra con argumentos tan prosaicos, pero se

pregunta uno, no sin motivo, me temo, si una lectura biográfica de esta novela suya, cosa que es casi inevitable, no le dejaría a usted en muy mal lugar... ¿Es usted ese escritor? Sea sincero.

—Bueno..., —miré con gravedad mi copa, como intentando descubrir en ella una respuesta que no fuera, al menos en parte, pura falacia— sí y no. Es decir, solo hablo de mí mismo, siempre, pero... digamos que no lo tengo claro. Para empezar, sé que a usted no le gustó nada esa novela...

—Nunca dije que no me gustara. Solo dije que, teniendo en cuenta lo que podría haber sido, no puede más que resultar decepcionante. Pero olvídense de mí. Creo que, en el fondo, aunque haya usted tenido el valor de venir personalmente a mi casa a pedirme que le escriba un prólogo, en realidad está aterrorizado por lo que pueda escribir en él. Otorga demasiada importancia a lo que no es, después de todo, más que una opinión, por fundamentada que pueda estar, de su obra. Una interpretación entre muchas, nada más. Olvídense de mí, hombre. ¿Qué le parece a usted?

—Yo... creo que tiene razón. Que podría haber sido mucho mejor. Pero también...

—¿Sí...?

—También me siento orgulloso. Me siento orgulloso de cada palabra, de cada frase que he escrito, por mediocres que sean.

—Es un consuelo. Al menos no está malgastando su tiempo. Y el mío, por añadidura.

—Una cosa es cierta: hay algo que me aterroriza, algo, imagino, de lo que su opinión es solo un síntoma, pero que, así y todo...

—¿El qué?

—Bueno, me gusta escribir. O necesito escribir. No puedo no hacerlo, digamos. Pero, ¿quién me asegura que lo que escribo sea bueno, que merezca la pena? Es decir, una cosa

es escribir para uno mismo, para satisfacer yo qué sé qué clase de necesidad íntima, y otra muy distinta es suponer que le vaya a interesar a alguien más, que merece la pena el esfuerzo y el dinero de tirar yo qué sé cuántas copias... Muy pocas, seguramente, pero aún así... ¿Quién soy yo para darme importancia de esa manera? Supongo que eso es lo que quiero decir.

—Esas preguntas, que son de lo más pertinentes, no deberían importunarle a usted solo, sino a toda su profesión. ¿De qué sirve escribir, de qué publicar? ¿A quién beneficia, a quién ayuda? ¿Mejora en algo el mundo que dejamos? La buena literatura, aunque nadie sabe muy bien cómo ocurre, se las apaña para responder con rotundidad todas esas preguntas. Sí, claro que la literatura sirve para algo. Claro que puede cambiar el mundo, a mejor y a peor. Pero puede que no haga falta ser tan ambicioso; si se propone uno escribir el libro más importante de su época, seguramente termine escribiendo solo el más importante del cajón polvoriento en el que termine. Pregúntese, más bien, si lo que escribe le sirve a usted de algo. Solo usted puede responder a esa pregunta. Le seré sincero. Ya sabe lo que opino de lo que ha escrito: no hace justicia, más allá de su calidad objetiva —y qué es eso, por cierto— a su autor. Lo demás, debe convenirse usted de una vez, no es más que palabrería. Ningún lector, por erudito y genial que sea, puede imaginar siquiera la satisfacción que el artista experimenta al crear, solo para sí mismo, aunque ninguna otra alma llegue a leerlo nunca. ¿Siente usted eso, muchacho?

—Sin duda, y con creces. Pero escribir no es siempre una satisfacción, ni un orgullo. De hecho, casi nunca lo es. Por lo general solo es una frustración constante...

—Ese, amigo mío, es el privilegio del artista: no se engañe. Usted no escribe por dinero, ni por vanidad. Para eso publica uno, pero escribir... Escribir es otra cosa. Usted

escribe, sobre todo, porque sabiéndose imperfecto y a menudo débil e incapaz, aspira a la perfección, a la fortaleza y a la capacidad plenas. Ese es el privilegio del artista, señor Leroux: enfrentarse a uno mismo sin disfraz, afrontar sin máscaras y sin mentiras piadosas sus debilidades y sus miedos. Pregúntese a sí mismo cuántos de nosotros, a lo largo de la vida que se nos concede, tenemos ese privilegio; y ahora pregúntese si escribir no es un motivo de orgullo, si no le convierte a usted en la persona más afortunada sobre la tierra. Claro que se enfrenta usted a verdades desagradables. La mayoría de la gente ni siquiera llega a intuir esas verdades. Forma usted parte de una raza privilegiada, una raza de elegidos: no les haga de menos. Yo, por mi parte, no se lo perdonaría nunca.

Me retiré pasada la medianoche. Mientras volvía a casa (decidí caminar, aunque ya era tarde) pensé en todo lo que el profesor me había dicho. No podía dudar ya de su interés, por más que sus motivos reales se me escaparan. La asombrosa y casi abrumadora fe que depositaba en mí solo me hacía ser más consciente de la poca que yo mismo me tenía; me avergonzaba y enorgullecía a partes iguales. Pero no me parecía que estuviera justificada en absoluto. Había logrado convencerme, al menos, de que su opinión no era, después de todo, tan importante como la mía propia. Pero a ese respecto podía quedarse tranquilo: yo, a esas alturas, era ya mucho más duro conmigo mismo de lo que nunca lo habría sido el profesor.